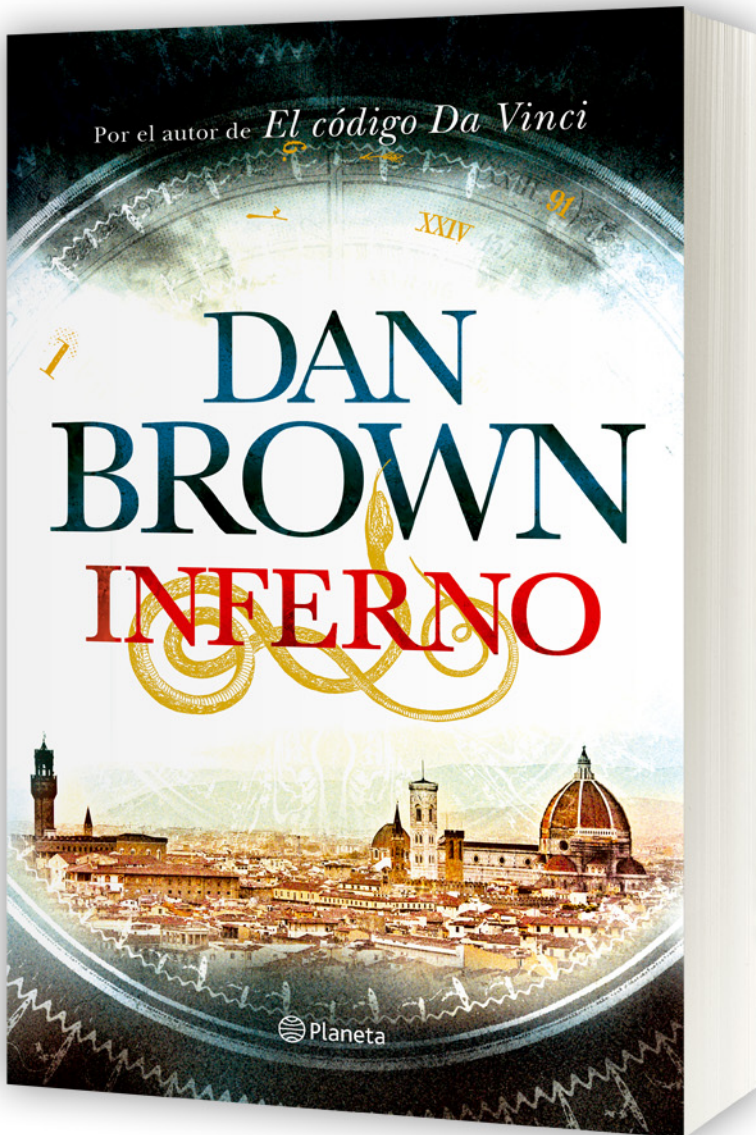


Fragmento

INFERNO

Dan Brown



BIENVENIDO AL INFIERNO DE DAN BROWN

DAN BROWN

INFERNO

Para mis padres...

Los lugares más oscuros del infierno están reservados para aquellos que mantienen su neutralidad en épocas de crisis moral.

LOS HECHOS

Todas las obras de arte, la literatura, la ciencia y las referencias históricas que aparecen en esta novela son reales.

El Consorcio es una organización privada con oficinas en siete países. El nombre ha sido cambiado por cuestiones de seguridad y de privacidad.

Inferno es el averno tal y como se describe en la *Divina Comedia*, el poema épico de Dante Alighieri, que retrata el infierno como un reino altamente estructurado y poblado por entidades conocidas como «sombras», almas sin cuerpo atrapadas entre la vida y la muerte.

PRÓLOGO

Yo soy la Sombra.

A través de la ciudad doliente, huyo.

A través de la desdicha eterna, me fugo.

Por la orilla del río Arno, avanzo con dificultad, casi sin aliento... tuerzo a la izquierda por la via dei Castellani y enfilo hacia el norte, escondido bajo las sombras de los Uffizi.

Pero siguen detrás de mí.

Sus pasos se oyen cada vez más fuertes, me persiguen con implacable determinación.

Hace años que me acosan. Su persistencia me ha mantenido en la clandestinidad..., obligándome a vivir en un purgatorio..., a trabajar bajo tierra cual monstruo ctónico.

Yo soy la Sombra.

Ahora, en la superficie, levanto la vista hacia el norte, pero soy incapaz de encontrar un camino que me lleve directo a la salvación..., pues los Apeninos me impiden ver las primeras luces del amanecer.

Paso por detrás del *palazzo* con su torre almenada y su reloj con una sola aguja...; me abro paso entre los primeros vendedores de la piazza di San Firenze, con sus roncadas voces y su aliento a *lampredotto* y a aceitunas al horno. Tras pasar por delante del Bargello, me dirijo hacia el oeste en dirección a la torre de la Badia y llego a la verja de hierro que hay en la base de la escalera.

Aquí ya no hay lugar para las dudas.

Abro la puerta y me adentro en el corredor a partir del cual —lo sé— ya no hay vuelta atrás. Obligo a mis pesadas piernas a subir la estrecha escalera... cuya espiral asciende en suaves escalones de mármol, gastados y llenos de hoyos.

Las voces resuenan en los pisos inferiores. Implorantes.

Siguen detrás de mí, implacables, cada vez más cerca.

No comprenden lo que va a tener lugar... ¡Ni lo que he hecho por ellos!

¡Tierra ingrata!

Mientras voy subiendo, acuden a mi mente las visiones..., los cuerpos lujuriosos retorciéndose bajo la tempestad, las almas glotonas flotando en excrementos, los villanos traidores congelados en la helada garra de Satán.

Asciendo los últimos escalones y llego a lo alto. Tambaleándome y medio muerto, salgo al aire húmedo de la mañana. Corro hacia la muralla, que me llega a la altura de la cabeza, y miro por sus aberturas. Abajo veo la bienaventurada ciudad que he convertido en mi santuario frente a aquellos que me han exiliado.

Las voces gritan, están cada vez más cerca.

—¡Lo que has hecho es una locura!

La locura engendra locura.

—¡Por el amor de Dios! —exclaman—, ¡dinos dónde lo has escondido!

Precisamente por el amor de Dios, no lo haré.

Estoy acorralado, tengo la espalda pegada a la fría piedra. Miran en lo más hondo de mis ojos verdes y sus expresiones se oscurecen. Ya no son adulatoras, sino amenazantes.

—Sabes que tenemos nuestros métodos. Podemos obligarte a que nos digas dónde está.

Por eso he ascendido a medio camino del cielo.

De repente me doy la vuelta, extendiendo los brazos y me encaramo a la cornisa alta con los dedos, y me alzo sobre ella primero de

rodillas y finalmente de pie, inestable ante el precipicio. *Guíame, querido Virgilio, a través del vacío.*

Sin dar crédito, corren hacia mí e intentan agarrarme de los pies, pero temen que pierda el equilibrio y me caiga. Ahora suplican con desesperación contenida, pero les he dado la espalda. *Sé lo que debo hacer.*

A mis pies, vertiginosamente lejos, los tejados rojos se extienden como un mar de fuego... iluminando la tierra por la que antaño deambulaban los gigantes: Giotto, Donatello, Brunelleschi, Miguel Ángel, Botticelli.

Acerco los pies al borde.

—¡Baja! —gritan—. ¡No es demasiado tarde!

¡Oh, ignorantes obstinados! ¿Es que no veis el futuro? ¿No comprendéis el esplendor de mi creación?, ¿su necesidad?

Con gusto haré este sacrificio final..., y con él extinguiré vuestra última esperanza de encontrar lo que buscáis.

Nunca lo encontraréis a tiempo.

A cientos de metros bajo mis pies, la *piazza* adoquinada me atrae como un plácido oasis. Me gustaría disponer de más tiempo..., pero ése es el único bien que ni siquiera mi vasta fortuna puede conseguir.

En estos últimos segundos distingo en la *piazza* una mirada que me sobresalta.

Veo tu rostro.

Me miras desde las sombras. Tus ojos están tristes y, sin embargo, en ellos también advierto admiración por lo que he logrado. Comprendes que no tengo alternativa. Por amor a la humanidad, debo proteger mi obra maestra.

Que incluso ahora sigue creciendo..., a la espera..., bajo las aguas teñidas de rojo sangre de la laguna que no refleja las estrellas.

Finalmente, levanto la mirada y contemplo el horizonte. Por encima de este atribulado mundo hago mi última súplica.

Querido Dios, rezo para que el mundo recuerde mi nombre, no

como el de un pecador monstruoso, sino como el del glorioso salvador que sabes que en verdad soy. Rezo para que la humanidad comprenda el legado que dejo tras de mí.

Mi legado es el futuro.

Mi legado es la salvación.

Mi legado es el Infierno.

Tras lo cual, musito mi amén... y doy mi último paso hacia el abismo.

Los recuerdos comenzaron a tomar forma lentamente..., como burbujas emergiendo a la superficie desde la oscuridad de un pozo sin fondo.

«Una mujer cubierta con un velo.»

Robert Langdon la contemplaba desde el otro lado de un río cuyas turbulentas aguas estaban teñidas de sangre. En la orilla opuesta, la mujer permanecía de pie, inmóvil, solemne y con el rostro oculto por un velo. En la mano sostenía una cinta *tainia* que alzó en honor al mar de cadáveres que había a sus pies. El olor a muerte se extendía por todas partes.

«Busca —susurró la mujer—. Y hallarás.»

Langdon escuchó las palabras como si las hubieran pronunciado en el interior de su cabeza.

—¿Quién eres?! —exclamó, pero su boca no emitió sonido alguno.

«El tiempo se está agotando —susurró ella—. Busca y hallarás.»

Langdon dio un paso hacia el río pero advirtió que, además de estar teñidas de sangre, sus aguas eran demasiado profundas. Cuando volvió a alzar la mirada, los cuerpos que había a los pies de la mujer se habían multiplicado. Ahora había cientos, miles quizá. Algunos todavía estaban vivos y se retorcían agonizantes mientras sufrían muertes terribles e impensables... Consumidos por el fuego, enterrados en heces, devorándose los unos a los otros. Desde la

otra orilla del río, Langdon podía oír sus angustiados gritos de sufrimiento.

La mujer dio un paso hacia él y extendió sus delgadas manos como si le pidiera ayuda.

—¿Quién eres?! —volvió a gritar Langdon.

A modo de respuesta, la mujer fue retirando poco a poco el velo de su rostro. Era increíblemente hermosa y, sin embargo, también mayor de lo que él había imaginado. Debía de tener más de sesenta años, pero su aspecto era majestuoso y fuerte, como el de una estatua atemporal. Tenía una mandíbula poderosa, unos ojos profundos y conmovedores, y un cabello largo y plateado cuyos tirabuzones le caían sobre los hombros. De su cuello colgaba un amuleto de lapislázuli con una serpiente enroscada alrededor de un bastón.

Langdon tuvo la sensación de que la conocía..., y de que confiaba en ella. «Pero ¿cómo?, ¿por qué?»

Ella le señaló unas piernas que salían de la tierra y que pertenecían a algún pobre desgraciado que había sido enterrado boca abajo hasta la cintura. En el pálido muslo del hombre se podía ver una letra escrita en barro: «R.»

«¿Erre? —pensó Langdon, confundido—. De... ¿Robert?»

—Ése soy... ¿yo?

El rostro de la mujer permaneció impassible. «Busca y hallarás», repitió.

De repente, comenzó a irradiar una luz blanca..., cada vez más y más brillante. Todo su cuerpo comenzó a vibrar intensamente hasta que, con el rugido de un trueno, estalló en mil astillas de luz.

Langdon se despertó de golpe, gritando.

Estaba en una habitación que tenía la luz encendida. Solo. Olía a alcohol medicinal y, en algún lugar, una máquina emitía un pitido al ritmo de su corazón. Intentó mover el brazo derecho, pero un dolor punzante se lo impidió. Bajó la mirada y descubrió que una vía intravenosa colgaba de su antebrazo.

Se le aceleró el pulso, y el pitido de las máquinas también se avivó.

«¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?»

Langdon sentía un dolor intenso y palpitante en la parte posterior de la cabeza. Con cuidado, levantó el brazo libre y se tocó el cuero cabelludo para intentar localizar su origen.

Bajo el pelo apelmazado notó las protuberancias de una docena o más de puntos recubiertos de sangre seca.

Cerró los ojos e intentó recordar el accidente.

Nada. Completamente en blanco.

«Piensa.»

Sólo oscuridad.

Un hombre ataviado con un pijama quirúrgico entró apresuradamente, alertado por la aceleración del monitor cardíaco de Langdon. Lucía una barba y un bigote hirsutos y espesos y, bajo unas cejas igualmente pobladas, sus amables ojos irradiaban una reflexiva calma.

—¿Q...qué... ha sucedido? —preguntó Langdon—. ¿He sufrido un accidente?

El hombre de la barba se llevó un dedo a los labios indicándole que no hablara y volvió a salir de la habitación para avisar a alguien que se encontraba en el pasillo.

Langdon volvió la cabeza, pero ese movimiento le provocó una punzada de dolor que se extendió por todo el cráneo. Respiró hondo varias veces y esperó a que pasara. Luego, metódicamente y con mucho cuidado, inspeccionó la estéril habitación de hospital.

Sólo había una cama. Ninguna flor. Ninguna tarjeta. Langdon vio su ropa sobre un mostrador cercano, doblada en el interior de una bolsa de plástico transparente. Estaba cubierta de sangre.

«Dios mío. Debe de haber sido grave.»

Langdon volvió la cabeza lentamente hacia la ventana que había junto a la cama. El exterior estaba oscuro. Era de noche. Lo único que podía ver en el cristal era su propio reflejo: un descono-

cido demacrado, pálido y fatigado, cubierto de tubos y cables y rodeado de instrumental médico.

Oyó unas voces en el pasillo y se volvió hacia la puerta. El médico entró acompañado de una mujer.

Debía de tener unos treinta y pocos años, iba vestida con un pijama quirúrgico de color azul y llevaba el pelo rubio recogido en una coleta que se balanceaba al caminar.

—Soy la doctora Sienna Brooks —dijo al entrar, y sonrió a Langdon—. Esta noche trabajo con el doctor Marconi.

Langdon asintió levemente.

Alta y ágil, la doctora Brooks se movía con el paso asertivo de una atleta. Incluso vistiendo el holgado uniforme se podía advertir su esbelta elegancia. A pesar de no llevar maquillaje, su rostro era extremadamente terso, apenas mancillado por un pequeño lunar que tenía justo sobre los labios. Sus ojos, de color castaño, parecían inusualmente penetrantes, como si hubieran sido testigos de profundas experiencias poco habituales en una persona de su edad.

—El doctor Marconi no habla mucho inglés —dijo, sentándose a su lado—, y me ha pedido que complete su formulario de ingreso. —Volvió a sonreír.

—Gracias —dijo Langdon con voz ronca.

—Muy bien —repuso ella en tono formal—. ¿Cómo se llama? Tardó un momento en contestar.

—Robert... Langdon.

Le iluminó los ojos con una linterna de bolsillo.

—¿Ocupación?

Esa información tardó todavía más en acudir a su mente.

—Profesor. Historia del arte... y simbología. Universidad de Harvard.

La doctora Brooks bajó la linterna con expresión alarmada. El médico de las cejas pobladas se mostró igualmente sorprendido.

—¿Es... norteamericano?

Langdon la miró confundido.

—Es sólo que... —vaciló—, cuando llegó anoche no llevaba encima identificación alguna. Como iba vestido con una americana Harris de *tweed* y unos mocasines Somerset, supusimos que era inglés.

—Soy estadounidense —le aseguró él, demasiado cansado para explicarle su preferencia por la ropa de buen corte.

—¿Le duele algo?

—La cabeza —respondió Langdon. La brillante luz de la linterna no hacía sino empeorar el palpitante dolor que sentía en el cráneo. Afortunadamente, la doctora se la guardó en el bolsillo y empezó a tomarle el pulso.

—Se ha despertado gritando —dijo la mujer—. ¿Recuerda por qué?

La extraña visión de la mujer cubierta por el velo y rodeada de cuerpos retorciéndose de dolor volvió a acudir a la mente de Langdon. «Busca y hallarás.»

—Estaba teniendo una pesadilla.

—¿Sobre?

Langdon se lo contó.

La expresión de la doctora Brooks permaneció impassible mientras tomaba notas en un portapapeles.

—¿Tiene alguna idea de qué puede haberle provocado una visión tan aterradora?

Langdon hurgó en su memoria y luego negó con la cabeza, que protestó con un martilleo.

—Está bien, señor Langdon —dijo ella sin dejar de tomar notas—. Le voy a hacer un par de preguntas rutinarias. ¿Qué día de la semana es?

Langdon se lo pensó un momento.

—Sábado. Recuerdo estar caminando por el campus..., me dirigía a un ciclo vespertino de conferencias y luego... Bueno, básicamente, eso es todo lo que recuerdo. ¿Me he caído?

—Ya llegaremos a eso. ¿Sabe dónde está?

—¿El Hospital General de Massachusetts? —aventuró él.

La doctora Brooks hizo otra anotación.

—¿Quiere que llamemos a alguien? ¿Esposa? ¿Hijos?

—No, a nadie —respondió Langdon instintivamente. Siempre había disfrutado de la soledad y la independencia que le proporcionaba la vida de soltero que había escogido. Aun así, debía admitir que, en su situación actual, habría preferido tener a alguien conocido a su lado—. Podría llamar a algún colega, pero no hace falta.

La doctora Brooks terminó y el médico se acercó. Tras alisarse las pobladas cejas, sacó del bolsillo una pequeña grabadora y se la enseñó a la doctora Brooks. Ella asintió y se volvió hacia el paciente.

—Señor Langdon, cuando llegó anoche, balbuceaba algo una y otra vez. —Se volvió hacia el doctor Marconi, que alzó la grabadora digital y presionó un botón.

Comenzó a sonar una grabación y Langdon oyó su propia voz mascullando repetidamente las mismas palabras en inglés:

—*Ve... sorry. Ve... sorry.*

—Parece que dice «*Very sorry. Very sorry*» —dijo la mujer.

Langdon estuvo de acuerdo y, sin embargo, no lo recordaba.

La doctora Brooks se lo quedó mirando con una intensa e inquietante mirada.

—¿Tiene alguna idea de por qué estaba diciendo eso? ¿Hay algo que lamente?

Al hurgar de nuevo en los oscuros recovecos de su memoria, Langdon volvió a ver a la mujer cubierta por el velo. Estaba en la orilla de un río teñido de sangre y se encontraba rodeada de cadáveres. Volvió a percibir el hedor de la muerte.

De repente, le sobrevino una repentina e instintiva sensación de peligro... No sólo era él quien lo corría..., sino el mundo entero. El pitido del monitor cardíaco se aceleró rápidamente. Sus músculos se tensaron e intentó incorporarse.

La doctora Brooks le colocó una mano en el esternón, firme,

obligándolo a tumbarse de nuevo. Luego se volvió hacia el doctor y éste se dirigió a un mostrador cercano y comenzó a preparar algo.

La doctora Brooks se inclinó entonces hacia Langdon y le susurró:

—Señor Langdon, la ansiedad es común cuando se ha sufrido una lesión cerebral, pero debe mantener las pulsaciones bajas. No se mueva. No se excite. Quédese tumbado y descanse. Poco a poco recuperará la memoria.

El doctor regresó con una jeringuilla, que entregó a la doctora Brooks. Ésta inyectó su contenido en la vía intravenosa de Langdon.

—Un sedante suave para tranquilizarle —le explicó—, y también para aliviar el dolor —se incorporó para marcharse—. Se pondrá bien, señor Langdon, procure dormir. Si necesita alguna cosa, presione el botón que hay en la cabecera de la cama.

La doctora Brooks apagó la luz y salió de la habitación con el doctor.

En la oscuridad, Langdon sintió cómo la droga se propagaba por su cuerpo casi instantáneamente, arrastrándole de nuevo a ese profundo pozo del que había emergido. Resistiéndose, se esforzó en mantener los ojos abiertos e intentó incorporarse, pero su cuerpo pesaba como el cemento.

Langdon se dio la vuelta y volvió a encontrarse de cara a la ventana. Como ahora las luces estaban apagadas, su reflejo había desaparecido del cristal y había sido reemplazado por la silueta de una ciudad.

En un mar de torres y cúpulas, una fachada iluminada dominaba el campo de visión de Langdon. El edificio era una imponente fortaleza de piedra, con un parapeto dentado y una torre almenada y con matacán, que se elevaba hasta los noventa metros de altura.

Langdon se incorporó de golpe, lo cual provocó una explosión de dolor en su cabeza. Haciendo caso omiso al suplicio palpitante que sentía, se quedó mirando la torre.

Conocía bien esa estructura medieval.

Era única en el mundo.

Lamentablemente, también se encontraba a seis mil quinientos kilómetros de Massachusetts.

En la calle, oculta entre las sombras de la via Torregalli, una mujer de complexión atlética descendió ágilmente de su BMW y comenzó a caminar con la intensidad de una pantera al acecho de su presa. Su mirada era afilada. El cabello corto, que llevaba de punta, sobresalía por encima del cuello vuelto de su traje de motorista. Tras comprobar su pistola con silenciador, levantó la mirada hacia la ventana de Robert Langdon, cuya luz se acababa de apagar.

Unas horas antes, su misión original se había malogrado.

«El arrullo de una única paloma lo ha cambiado todo.»

Ahora tenía que arreglarlo.